

Reynaldo Marcos Padua

# La música de las esferas

Los Libros de la Iguana



San Juan, Puerto Rico

2011

# Saludo a los 50 años de Guajana: 2012

Los Libros de la Iguana  
es una organización editorial sin fines de lucro

**S**o, debo dar rienda a la memoria: Nunca supe cuándo o por qué me volví un niño a la edad de 17 años (quiero decir poeta). Anteriormente, la vida me parecía un aburrido programa, aunque tolerable. Sin embargo, la tentación de ser condescendiente conmigo es enorme y no me faltan razones para hacerlo. *Sure*. Pero dejé de ser el hombre que era y ya no importaba gran cosa lo poco que haya sido. El ejercicio de mirar y remirar la vieja revista de mi existencia es no sólo absurdo e innecesario, si no que remeda al perro que vuelve a su vómito. Alguna vez, sin embargo, tuve razón de ser como era, o mejor dicho, tuve razones para vivir como lo hice. Ahora hay demasiadas cosas para alegrarme, tras un largo camino por la tristeza.

Todos se creen expertos en el arte de estar vivos que ni siquiera se plantean la posibilidad de que no lo hayan estado nunca. *Seriously*. Sí, en serio. Es esa la razón y causa por la que yo dejé de ser un simple muchacho y me volví poeta. Un poeta o niño de nuevo, no la infancia falaz vivida alguna vez en este cuerpo y de

la cual apenas tengo mayores recuerdos, a no ser algún trazo mediocre, un afecto incrustado, dos o tres sinsabores que de tan malos ni se han ido...

Los niños son poetas. Lo que pasa es que los podan temprano, casi sin darse cuenta. A la primera oportunidad en que se manifiesta su *poeticidad*, se la amputa de sus mentes la aterradora manipulación de los padres; e igual la de sus familiares que los atosigan de muñecos estúpidos y monstruosos; y luego les hacen quererlos y admirarlos para que se olviden de lo que realmente importa. Cuando se está en la vida, uno no está tan vivo como imagina. De ahí, la necesidad de la poesía. Me explico. La vida es aventura, mala o buena, pero hay que rociarla con *spray* poético o se vuelve una mierda. *Pure shit*. No se trata de hacer poemas, *you see*.

¿Quién conoce mejor las vueltas de la vida sino quien ha vivido? Cierto. ¿No? ¿O será falso? Normalmente todos creen que es sencillo, mas en verdad, no hay reglas decisivas. *Right?* El asunto se manejaría mucho mejor si asumiéramos la teoría del destino fortuito. *You got to count on that one*. La teoría, un tanto la aprendí (digamos más tarde) de un viejo poeta exiliado que estuvo vinculado a los *ismos* vanguardistas de finales de los años 20 en Puerto Rico. Mi encuentro con la poesía fue mucho antes de

conocerle. Pero todo me condujo a un periplo contundente en mi existir. Mal que lo parezca, yo fui un joven poeta (*I still am, say, some sort of a poet*) y conocí a ese poeta, en España, de la manera más interesante y curiosa. Y también su teoría que ha operado en mí enteramente, aun sin conocerla.

Pero vayamos a cómo fue que me volví poeta. Pregunta: ¿El poeta, nace o se hace? ¿Es una pregunta sin respuesta? Te dirán: *Both*. El poeta nace y también se hace. Es como decir lo anterior, al revés: Respuesta sin pregunta: Si nace, se hace y cuando se hace, nace. ¡Ah, sí! *Isn' it?* No, señor, es mucho más complicado. Porque se trata de la vida. Y se trata de uno, de lo que se es. De que existe algo que a uno lo toma de momento, y ya se entra a ese otro lado del ser, que es la parte "poeta". ¿Se lo es antes de serlo? Es decir, ¿antes de escribir el primer verso? ¿Se es poeta aunque no se escriba poesía? Como cualquiera bien pudiera preguntarse: ¿Se es sexual antes de la primera relación? Ok, la comparación es estúpida. *I know*. Pero hay que reconocer que tiene algún vínculo. Recordar cuando empieza la poesía es cosa ociosa. A nadie que siga en el oficio se le ocurriría, *right?*, andar buscando esas sandeces. Mas, para mí, escudriñarlo ahora es de vital tarea.

Pocos suponen cuán difícil ha sido recomponer el orden de los recuerdos: Como lo evoco ahora, el recuerdo es de cuando subía por una escalera de cemento hasta el segundo piso (el tercero era una simple terraza con cordeles y antenas de TV) y entraba a un pasillo amplio, casi tan grande como una sala, que tenía una abertura cuadrada, enorme, con vista lejana al mar. Una puerta se abría y la de enfrente era cubierta por una media pared de persianas que daban al ojo un paisaje de arenas con yerbas aquende; una playa desolada y barata, un mar precioso que le respaldaba. Entonces, si doblabas igualmente a la izquierda, dentro del pisito sin divisiones, tenías una cocina moderna con gabinetes de formica, una nevera de Sears, dos fregaderos excesivos y un pequeño gabinete donde guardar los utensilios de limpieza. A izquierda, el pasillo daba hacia la alcoba principal que era el cuarto de mis padres, para mí inaccesible. (En cambio el mío, perfectamente disponible a ellos.) A su derecha, mi cuarto de muchacho con un *walking closet* por el medio. Al fondo, frente a ese cuarto mío, el baño con una única persianita que espiaba hacia el mar. Allí vivía, en Santurce, con mis viejos. A los lados, varios apartamentos y a la derecha del nuestro, un solar baldío.

En aquel tiempo todo me parecía nuevo y perfecto. Podía jurarse que un aire de lozanía impregnaba el ambiente. Desde luego, yo estaba en esa zona donde ya no era enteramente niño, ni mucho menos un joven adulto

En mi tierna infancia yo me entretenía mirando unas vacas en el cercado adjunto, con raro temor de reverencia y éxtasis. El camino de enfrente al solar con las vacas era polvoriento y estrecho y todo el mundo parecía muy grande. Allí ocupaba mi soledad de ser invisible a mis padres y me refugiaba observando las vacas, que no son animales tan brutos. Me da lástima su masacre para comerlas. Las vacas, *I've seen it*, a veces parecen reflexionar, muy metidas en su mundo. Igual ocurre con las garzas que les comen las garrapatas. Las garzas a veces se quedan mirando, cuando están solas, por largos ratos a alguien o algo hacia la orilla de algún camino. En su tiempo, mis padres eran muy jóvenes y estaban en sus cosas o le daban más atención a Belencita mi hermana. Mi *Pai*, pendiente al periódico *El Mundo*, porque en aquellos días, una figura pública que tuvo algún destaque durante los años treinta, en nuestra isla, había estado preso y se discutía si lo dejaban morir enfermo o si le daban el indulto. Me costó años saber quién era Albizu Campos. A mí, nada de esto me importaba en-

tonces. Ni estaba enterado. Tenía demasiados complejos con los que bregar, para ocuparme de los acontecimientos de la prensa o los chismes de farándula y hasta de las novelas que mi madre veía por la tele, después de hacer sus planes de escuela para el próximo día; o ponerse a freír las chuletas con arroz y habichuelas y jamón con ensalada para mi padre a su regreso del trabajo. Mi *Pai* se dedicaba mayormente como una rutina a leer *El Mundo*, dije; y luego a continuar su trabajo por teléfono extendiéndolo algunas horas más. En tanto yo, ni hablaba con él. Mi *Pai* vestía su gorda corbata colorida todo el tiempo. Solamente en casa se quitaba el gabán que a veces era marrón y otras veces crema, a modo de un uniforme para sus asuntos de corredor de bienes raíces. Así fui creciendo. Como si un año fuera un calco ligeramente variado del anterior.

La vida escolar en la Academia de la Inmaculada Concepción meapestaba. Me pasaba horas metido en mi cuarto oyendo música en el tocadiscos que tía Henri me envió de Nueva York. Yo la había visitado ese verano y le simpatiqué muchísimo:

— ¡Niño, qué grande estás! Tu padre no me había dicho lo grande que estabas.

Bueno, qué diablos, mi padre jamás le escribía. Quien lo hacía a nombre suyo era *Mai*,



con letra de mujer y la firma de mi viejo, hecha también por ella. Así le decía:

—Le escribí a Enriqueta. Le informé de esto, lo otro y lo de más allá.

—¿Está bien? —respondía mi padre.

—Bien está —decía *Mai*.

—Eso es lo importante —comentaba *Pai*, sin mirarla, sus ojos fijos sobre *El Mundo*. Y es que él, leía tan lentamente que desesperaba. Se estaba ratos enormes pegado de un artículo, de una sección, de un trozo doblado del diario como si buscara una revelación. Que no es verdad: simplemente era lento para la lectura. O le gustaba rendirla.

\*

Siempre tuve la sensación de no pertenecer a este planeta. De estar fuera de sitio. No fue la adolescencia la que me creó el complejo. Desde mis más tempranos recuerdos me vi aparte, distinto. La humanidad, *more or less*, me daba miedo, aunque de alguna forma lograba superarlo.

Quizá uno no deba hurgar en ese baúl de cosas horribles y hermosas que suele ser la infancia. Yo, por mi parte, prefiero no mirar demasiado allí; sin embargo, ya que mencioné este asunto, debo decir que mi hermana fue un trauma muy grande en mi vida. Era dos años

mayor que yo y, en ese tiempo, la muerte para mí era algo que sólo ocurría a los bien viejos, a algunas aves y animales, pero nunca se me ocurrió suponerla tan cercana, ni que pudiera ser parte de un destino para mí, ni mucho menos acontecerle a alguien de mi familia. Y, sin embargo, Belencita, tan noble, dulce y simpática... tan parecida a mi madre en una versión nueva, más lozana y de más simpatía, murió arrollada por un borracho a velocidad exorbitante. Recuerdo bien ese día en la Academia. Invitaron a un profesor de la Universidad Interamericana para explicarnos los nuevos avances en diferentes campos de la ciencia. El hombre sonreía y nos decía *jóvenes* algo que resultaba chocante pues siempre nuestros maestros se referían a nosotros como *niños*. Hablaba con entusiasmo y a todo añadía *¿no? Los nuevos descubrimientos de la ciencia hoy día ¿no? Nos conducen por caminos insospechados... ¿no? Las nuevas formas de telecomunicaciones, ¿no? En la biología se ha descubierto recientemente... bla y bla, bla... ¿No?*

No logré saber más. Apareció al salón un policía preguntando por mí. Se me saltó el corazón. Yo no entendía para qué rayos podría quererme un guardia si nunca salía a ningún lugar, ni menos recordaba haber hecho nada malo. Llamó aparte a la maestra y le dijo algo

en discreto volumen. Ella vino hasta el pupitre, me echó el brazo encima del hombro e hizo un gesto compungido. Allí me malicié que se había muerto el viejo. No me dio tristeza... pero me sentí raro.

La maestra no dijo más. Con rostro ensombrecido, se limitó a llevarme hasta el guardia, fuera de la puerta del salón. A su vez, sólo me dijo que intentara ser fuerte. Lo obedecí. Aunque me resistía a creer de momento lo que ya resultaba increíble a mi pequeña persona. Me quedé esperando sus palabras:

—Hubo un accidente en la avenida. Su hermanita, con un grupo de niñas, salió corriendo... un automóvil...

Las lágrimas bajaron por mi cara, pero no me salió ni un sollozo. El guardia me condujo a casa sin hablarme. Miraba por el retrovisor a cada rato. Al llegar, mi madre gritaba todavía. Las vecinas la calmaban con agua de azahares. Una llamó a su otra hermana maestra, Tití Carmen, quien vino y se ocupó de hacer todos los arreglos funerarios.

Cuando todo se había organizado, a mamá la endrogaron para que no sufriera. La gente hablaba y decía boberías. En la funeraria supe más detalles de cómo a Belén la mataron en una zona peligrosa al cruzar la avenida. Al otro día, después del entierro, insistí en llegar al lugar.

Me llevó Padrino, un amigo más o menos de la edad de mi *Pai*. Mi viejo se notaba abatido, ensimismado. Mi madre, bajo el efecto de un sedante parecía sin voluntad y bastante espaciada. Cuando llegué al lugar, aún había manteca y sangre untadas por todo el pavimento y contra el poste del alumbrado. Las marcas de las llantas del vehículo, quedaron igualmente mezcladas con sangre. Fue una horrenda experiencia. Me metí en mí mismo sin atreverme a culpar a nadie, ni a Dios, ni a papá, y menos a la vida. Estaba tieso, retraído, sin mayores lágrimas. El velatorio y el funeral pasaron como un borroso sueño que desde ya quería olvidar... Sin jamás lograrlo.

Los días pasaron y mi madre se puso más amarga. Hasta entonces había sido tierna y cariñosa, mucho más conmigo que con Belencita. A partir de su muerte, aunque yo era su único hijo varón, las caricias, cariños y demás asuntos, me sabían llenos de culpa, distantes y medidos, como si temiera que mi hermana se pusiera celosa en el más allá del cielo. Por mi parte yo quería soñar con mi hermana para verla otra vez, aunque solo fuera en sueños. Por años no ocurrió.

Mi madre se llamaba (aún se nombra así) Teresa y todos le decían Teté o *Misis* Barrios, la maestra de inglés, esposa de Mr. Adrián Rafael

Tosado, corredor de Bienes Raíces en Linda Borinquen Real State.

\*

A ella le dio entonces por jugar a la *bolita*: La lotería clandestina. A casa venía, todos los martes, un señor alto, de color cetrino, flaco y huesudo, bigote grande y con algunas canas, a apuntarle números. Siempre exhibiendo una sonrisa de dignidad y sabiduría. Él se llevaba los chavos de la apuesta y se despedía con un: *¡Suerte, Misis Barrios!* Especialmente si estaba el viejo. Creo que era el conserje de la otra escuela de enfrente a la suya, según la oí comentarle a *Pai*, una noche después que se hubo marchado.

\*

Una tarde mi viejo llegó con una inusitada felicidad que ninguno le conocíamos. Vino voceando que tenía una sorpresa. Eran las seis y cuarenta y cinco de la tarde y madre lucía un tanto preocupada por su tardanza. Mi padre funcionaba como una especie de reloj: a tal hora esto, a tal otra lo otro. Llegaba a las cuatro y treinta; se iba de mañana. Con alegría notable, desde la misma puerta, proclamó:

— ¡Ahora sí, que nos vamos de este sitio!

— ¿Irnos para dónde? No me habías dicho nada— replicó con frialdad mamá.

—Para el sueño mío de siempre.

—¡No me vas a decir que compraste una quinta!

—Eso mismo.

Mi madre se quedó pensativa por un rato. Luego se levantó y fue a la nevera. Allí se sirvió un vaso de agua y permaneció recostada de la puerta, como si quisiera impedir que alguien más lo intentara. Recuerdo que vestía una falda a media rodilla, blanca, de unas flores moradas, tableteada. Se veía muy joven y bonita. Le dijo:

—¿Y no se te ocurrió pensar en mi trabajo?

—Todo está pensado.

—¿También la escuela de Adrián?

—También.

—¿Es lejos? —me atreví a preguntar, ya tocado por un entusiasmo de aventura.

—En Río Piedras —contestó mi padre dirigiéndose a ella, como si la pregunta la hubiera hecho *Mai*, no yo.

—¿Y, cómo conseguiste eso?

Mi padre explicó que se la había guardado para un cliente, una ganga. El cliente después de verla, pidió tiempo para reunir cierto dinero usado en una emergencia. Apareció entonces no sé qué de su crédito y, de pronto, la propiedad quedó sin compromiso. El viejo tenía unas economías, sabía los trámites y no sé dónde

consiguió otros dineros. La adquirió. Faltaba la firma de mi madre.

Estuvimos unos meses adicionales en el apartamento alquilado de Santurce. Por fin llegó el gran día de la mudanza. Yo esperaba impaciente y a la vez mostrándome indiferente. Me alegraba dejar atrás aquel lugar donde había vivido la experiencia terrible de la muerte de mi hermana. También, se acercaba el final de mi escuela superior. Menos de un año me restaba de la Academia. Allí había hecho pocos amigos, por andar metido en mi mundo interior, en la música de baladas, en mis problemas. No iba a la iglesia, nunca. En casa, mi madre asistía a veces, pero no me hacía fuerzas para que la acompañara. En la *Inmaculada*, por otro lado, tenía suficientes crucifijos, vírgenes con olor a incienso y a vela para el resto de mi vida.

\*

Hasta ese entonces mi existir se divide en dos partes: antes y después de mudarnos. La "quinta" no era gran cosa. Se llegaba por una carretera marginal camino a Trujillo Alto y metida hacia adentro, después una curva, los únicos portones en *Cyclon Fence*, un caminito de brea a la derecha y allí estaba la casa de cemento, terrera, grande, sin mayores decoracio-

nes, excepto rejas de hierro estilizadas. Había plantas y arbustos que enamoraron a mi madre, quien descubrió una vocación jardinera oculta. Mi padre mandó a techar una sección a la derecha para guardar dos automóviles. La casa de tejas rojas era de color crema. Un árbol de acacia al lado derecho, casi pegado a ella, y un flamboyán a su izquierda la ambientaban, logrando una sensación agradable. La rutina se reanudó nuevamente. Y la cosa mejoró en términos de las relaciones de familia. Mi padre guindó una hamaca en la parte trasera y se dedicaba a leer *El Mundo*, *El San Juan Star* y sus suscripciones del *Time*. Yo, por mi parte, ni lecturas ni nada, salvo lo funcional. No tenía que estudiar ni esforzarme, pues salía bien o regular en la Academia (que era muy exigente), sin mayores esfuerzos. Tampoco me destacué, dicho sea de paso.

Vivía como observándome. *Right from inside*. A veces, me daba la sensación de estar de turista en la vida, pero no divirtiéndome. Quise decir, de pasada. Así se me aparecía la cosa de estar vivo, tener familia (haber perdido a alguien), las clases de bla y bla y bla en la Academia, la religión que bla, bla, bla y bla. Me confesé una sola vez y me quedé con esta extraña sensación de sentirme desnudo. Me juré no hacerlo más. La música me aliviaba un poco la



vida, pero a mi padre le encantaban Los Condes y Los Panchos y a mi madre le fascinaban las canciones de Olga Guillot, La Lupe, pero tampoco las tocaban gran cosa. *Sort of*. En casa, quien oía música era yo: Sandro, Raphael, José José, Mocedades, La Fórmula Quinta, y algo de la música de Richi Rey y Bobby Cruz. También Chucho y Lissette. Me encantaban Los Sonsets y Julio Ángel con Los Diamantes, en fin.

Mi vida amorosa fue cero desde siempre. Las mujeres me gustan, me gustaban en aquel momento también, pero no me había enamorado. Las muchachas se acercaban a mí como amigo, nunca como pareja. Aunque alguna que otra, que no vale la pena mencionar... se acercó, brevemente. Yo vivía, como dije, observando, pero sin el deseo de engancharme con nadie. No envidiaba a los que hablaban de aventuras sexuales, porque entendía perfectamente que eran todas inventadas.

Tenía una suerte de soledad que me reconfortaba. Pensaba que mi nuevo cuarto de la casa ahora nuestra, me lo había puesto allí la vida para reflexionar. Comía, bebía, dormía e iba a mis asuntos como esperando una revelación, como un destino de algo que no estaba disponible a los demás y del que era recipiendario. No lo verbalizaba así, de esta suerte. Sencillamente lo sabía, sin pensamientos.

Cuando la vida me regaló aquel premio de graduarme, por fin, de la Academia me negué a asistir a los actos oficiales. No había razón para ello, pero mi madre formó un despelote por el asunto. Estuve a punto de ceder, pero mi padre se fue de mi lado y dijo, *total eso son pen-dejaces*. Mi madre, como maestra, lo entendió como la Suprema Ofensa y, en fin, aunque estuve a punto de ir, la dejé llorando por horas y me encerré en mi cuarto. Mi *Pai* se fue a fumar a su hamaca.

Al larguísimo rato, cuando ya me estaba dando hambre (sabía que ella no había querido cocinar), consciente de que ya, a esa misma hora, se estarían acabando los actos de graduación decidí ir por la cocina a buscarme unas galletas con queso. Entonces, mi madre tocó a mi puerta y yo me hice el dormido. Tocó con insistencia. Le dije, fingiendo haberme despertado:

—Voy.

—Toma, Adrián, hubiera querido dártelo, orgullosa al frente de todos; pero tu terquedad lo impidió. Que lo disfrutes.

Era un paquete grande y pesado que yo dejé tirado sobre el gavetero con una sensación instantánea de culpa y de pena. Me recosté boca arriba y me quedé con los ojos abiertos, como cuando fantaseaba con mujeres en ropas menores o desnudas, para ayudarme después

con mi mano izquierda. Ahora tenía la mente en blanco. Y mucha culpa. La culpa se fue volviendo menos, al escuchar los chasquidos del sartén friendo algo. *Deben ser chuletas, el plato favorito de mi padre. A mí me gustan también. Luego no me acostaré sin cenar, ni nadie más, por culpa mía.*

Comí en silencio. Mi padre, también en silencio. Parecía preocuparse por algo que yo juraba no tenía nada que ver con mi negativa a la graduación. Mi madre me miraba insistente:

— ¿No vas a decirme nada? — me atracó.

— ¿De?

— ¿No te gustó el regalo?

— El regalo sí, pero no lo he abierto.

*Ah*, dijo. Terminó el último bocado, se levantó altiva y se fue a fregar los trastos. Mi padre también se levantó y me dirigió media sonrisa, que no pude interpretar. Ella volvió hacia mí, recogió el plato con naturalidad y regresó a preparar el inevitable café del viejo. Yo fui a mi cuarto.

Yo. Yo. Yo. Conmigo yo.

\*

*Who the Fuck?* ¿Quién era yo? Un muchacho retraído, que no había tenido nunca novia, ni interactuado con amigos. En el colegio solamente, sin dejarlos entrar a mi pobre mundo.

Sin mayores intereses. Me gustaban los programas cómicos de televisión. De Machuchal, por ejemplo, me gustaban sus gracias imitando a un jíbaro listo. El viejo Reliquia también me gustaba, con sus trampas e inventos para venderle al pobre de Machu, a quien siempre intentaba estafar. Algunas telenovelas que mi madre veía, con el actor Daniel Lugo en el reparto, de reajo, me atraían. Pero lo más natural era estar metido en mi cuarto y, en mi cuarto, metido en mí.

En aquel tiempo hubo una chica rubita que me gustó por unos días, pero se hizo novia de un idiota hablador y no volví a mirarla jamás. Se llamaba Wendy. Ni modo que me importara después. Luego de un rato, oí los nudillos de mi madre en la puerta de mi cuarto.

—Entra.

—Veo cuán poco te interesó mi regalo — reprochó.

Miré su cara desazonada y sentí pena.

—Tú sabes que sí— afirmé humilde.

—¿Y por qué no lo abriste? No lo abres...

—Pronto lo abriré, dije, indicándole que no se preocupara. Puse mirada de cansancio. Y se fue enseguida del cuarto.

Me preguntaba para qué le interesaría tanto que abriera aquel pesado paquete. Salté de la cama y de un tirón rompí el papel perlado y

verde que lo envolvía. Era una enciclopedia de cinco tomos a todo color y un libro de poemas. Miré rápidamente cada uno por el olor a nuevo que despedían y por algunas láminas curiosas. Lo volví a cerrar. El libro de poemas lo miré apresuradamente como buscando láminas y lo dejé sin ver el autor ni leer nada.

*¿De dónde saca la vieja la idea de que a mí me gustaría leer?* Pensé algo así. Salí al baño, desagüé la vejiga y me dirigí a ella, entonces ocupada en pegar un asa de porcelana a una taza, con el cemento plástico a la mano.

—Ey, mami, gracias por los libros —dije al pasar junto a ella.

No contestó, concentrada en cuadrar su pegamento. Al rato, gritó por el pasillo:

—Que le des buen uso, hijo mío.